



Queridos amigos:

Un mes nuevo y una nueva carta para vosotros. Vuelvo a ser el capellán después de ser sólo un conferenciante. Vuelvo a mirar los movimientos de la vida para intentar descubrir las preguntas y los retos ante los que nos sitúan, queramos o no, los reconozcamos o no.

Hace unos días una parte de nuestra sociedad reía y otra lloraba mirando al mismo hecho. Extraño que una misma realidad dé risa y provoque llanto. Pero así es. Algunos visitando los cementerios o sin hacerlo recordaban que la muerte ha visitado a los suyos, que se ha metido en casa y ha robado una parte de la vida propia. Otros jugaban disfrazados de muerte y de muertos, de zombis y espíritus...

Digna estampa del refrán popular *el muerto al hoyo y el vivo al bollo*, aunque podríamos traducir la segunda parte por *el vivo a Halloween*. Una de las formas de exorcizar todo aquello que da miedo es convertirlo en objeto de chistes o en vivirlo con una banalidad que le quite su presencia amenazante. Yo creo que eso es lo que pasa en nuestra sociedad. Hace poco a un primo de mi edad se le murió un tío al que había estado muy unido desde pequeño. Al día siguiente coincidió que comimos juntos y al preguntarle por la situación quiso esbozar una sonrisa y hablar con naturalidad, pero casi en ese instante la boca se le torció, cambió de expresión y comenzó a llorar, no se pudo escapar del peso de la muerte. Me da la sensación de que quizá la sociedad intente hacer lo mismo con nuestro consentimiento, anular con una risa forzada todo lo que nos recuerde que somos pequeños, frágiles, mortales... pero todo se queda en un vano intento porque al final tenemos que vivir con esa pequeñez que nos habita, y el problema es llenarla de vida sin escapar de ella.

Nadie es consciente de lo que de verdad es su vida si no piensa en la muerte, pero nadie quiere pensar en la muerte. Otro día mientras tomaba café con una amiga comentándole lo que estaba suponiendo para mí el encuentro con la muerte que iba conociendo a través de mi relación con la gente de mi parroquia, vi que no dejaba de moverse inquieta hasta que me confesó que prefería no hablar del tema porque se ponía muy nerviosa. Pero tenemos que aprender a mirarla aunque sea de lejos, porque la muerte vive en nosotros y despierta cuando quiere. Tenemos que aprender a decirle que su existencia no nos quita la vida porque nuestra vida ha merecido la pena en cada instante, porque cada uno de esos instantes no ha sido perdido, sino vivido con sentido, con hondura, con vida verdadera. Esto no es para los viejos (que ya tienen hecha casi toda su vida), sino fundamentalmente para los jóvenes, para los que estamos llenos de proyectos y en plena vitalidad.

Pero ¿cómo se llena cada instante de sentido, de hondura, de vida verdadera? Cuando oigo hablar sobre el aburrimiento como uno de los compañeros de vuestra vida no dejo de sentir un poco de tristeza y de rabia. Tenéis que descubrir el tesoro de cada instante, que no consiste sólo en sensaciones especiales, emociones intensas o éxtasis alucinantes, sino en dejarse bendecir por lo que sucede como un don de la vida, y en responder a los retos que vienen de la vida (de nuestros proyectos o de las necesidades de otros) con la entrega de nuestro ser. No es fácil, hay que aprender, pero ésta es la invitación verdadera de la vida y de la muerte, lo demás está a su servicio. Por otra parte, es Dios mismo quien nos reta, pues es el que nos creo para que cada vida fuera verdaderamente verdadera.

Sólo una cosa más, mañana martes a las 20'30 h. te invito a comentar esta carta en la biblioteca ¿te animarás?

Un saludo. Paco.